

Ayanta Barilli



Si no amaneciera

Ayanta Barilli



Si no amaneciera

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Ayanta Barilli, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: abril de 2023

Depósito legal: B. 4.497-2023

ISBN: 978-84-08-27047-8

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

MANUEL

13 de marzo, 2020. Casa de La Huerta

Noche fría. Fumo en el porche a oscuras, envuelto en una manta, con el ordenador encendido. Tengo una tos insidiosa, seca, de perro. Reviso el correo. En el buzón, un documento sin mensaje, sin firma. Sin asunto.

Es un vídeo.

Abro el archivo y aparece una niña con trenzas y un albornoz naranja. Ladea un poco la cabeza, sonrío. Hunde la cuchara en un cuenco de sopa. La saca repleta de letras. Mira a cámara. Sus ojos son los míos. Y su inocencia es un corte fino de navaja en el tiempo, que escuece, que duele, que mata.

Es Anita, mi hija, con cinco años.

Congelo la imagen. Contemplo su rostro fijo, en pausa.

El pelo rubio, las gomas de las trenzas, cada una de un color, la cadenita dorada del cuello, la mano pequeña que sujeta una cucharada colmada de palabras posibles, a la espera de ser escritas.

El mail ha llegado a medianoche. Trece de marzo. Mi cumpleaños. Noventa. Nunca pensé que alcanzaría esta edad.

Vibra el móvil. Parpadea su nombre.

—¡Felicidades!

—¿Cómo? No te oigo...

—¡Que feliz cumpleaños, papá!

—Ah, sí... ¡Gracias, hija! ¡Ya veo que lo andas celebrando por mí! ¿Dónde estás?

—En un restaurante. Nos vemos mañana, ¿vale? Acuérdate de abrir a los del cáterin a las nueve. Yo llegaré un poco más tarde. Beso, padrecito del alma.

—¿Me has enviado tú la película? ¿Anita? ¿Hola?

Ha colgado. Regresa el silencio. Le doy al *play*.

Anita vuelve a tener cinco años. Dibuja apoyada en la barra americana de la cocina, naranja como su albornoz y, de vez en cuando, mira al objetivo. Al fondo, un gran cuadro desenfocado: la fotografía de un vestido rojo tendido al cielo que cosió mi madre, que heredó mi mujer y que mi hija guarda como si fuera una reliquia.

Las primeras imágenes son de una conversación pillada a medias, entre Anita y yo.

—Que hiciste una peli y yo te dije: «Por favor, por favor, enséñamela, enséñamela...». Y tú, «¡No! Hasta que cumplas dieciocho, no».

—¿Eso dije yo? —pregunto detrás de la cámara—. No creo, esa película sería la de tu muñeca Mu.

—¡Que no, papá! ¡Que no es la de Mu! —sonríe incrédula y divertida—. ¡Es una peli que me hiciste a mí!

—No, esa no es.

—¿Por?

—Esa es diferente.

Funde a negro. Emerge el título y, al disolverse, aparece el plano de un folio a rayas con un mensaje en letras mayúsculas.

ANITA, PONTE GUAPA, PON GUAPA A MAMÁ.

VAMOS A HACER UNA PELÍCULA.

Sufro otro ataque violento de tos. Doy una calada al puro. Y me viene a la cabeza mi hija preparándose para empezar a rodar lo que ahora, sesenta años después, observo como espectador.

Corría despeinada hacia su madre, con una mancha de chocolate en el jersey. Llevaba consigo la caja de maquillaje que le habíamos regalado.

—Tenemos que ponernos guapas, mamá. Lo ha dicho papá —le ordenaba nerviosa, con un carmín diminuto en las manos.

Sus figuras se deforman y evaporan entre el humo denso del puro. La de su madre, que mantiene los párpados cerrados, trémulos. La de Anita, que le pinta los ojos, los labios. Que emborriona la cara aniñada, tan hermosa, de mi mujer. De Laura.

En la mesa del porche, unas candelas prendidas, una botella de whisky, un vaso ancho con hielo, y el ordenador, cargado de reminiscencias. Hundo el habano en la cera deshecha. No debería fumar, tampoco debería beber, pero para qué dejarlo a estas alturas. Siento una presión en el cráneo, un dolor en la nuca y un revoloteo dentro del tórax. Necesito tranquilizarme, pero un sollozo me muerde la boca del estómago, trepa por el pecho, escarba la garganta, brota en la boca, me empaña la vista.

Mientras, la película continúa.

Una recién nacida, que mama, que duerme, que se chupa el dedo. Una niña que gatea, que da sus primeros pasos apoyándose en la pared, que monta en un triciclo por el pasillo, que descubre las cosas a su altura y se hace grande o pequeña como si hubiera bebido el jarabe de Alicia, la de las Maravillas. Un plano doble, partido, en el que Anita camina y toma sola el biberón, come un plátano y llora. Y parlotea, y arrastra una muñeca enorme a todas

partes. Y escudriña el horizonte subida en el tomo del *María Moliner*. También saca la lengua.

Se le ha caído un diente.

—¿Por qué está duro, si es de leche? —pregunta muy seria, mostrando el colmillo en la palma de su mano.

Y pasa el tiempo. Tres dientes menos.

Una puerta diminuta recortada en el rodapié del cuarto. La mano infantil tira del pomo hecho con un alfiler de cabeza perlada. Abre la puertecita y descubre el dormitorio del Ratoncito Pérez pintado en perspectiva. Un pavimento de baldosas blancas y negras, una pequeña cama, una mesilla de noche con su lámpara. Anita se asoma por el lateral del visor, deformada por la lente, deslumbrada por el hallazgo. Cambia el plano y está subida a una bici con un gran lazo. Dentro de la cesta del manillar, un gatito blanco y gris. Los pies no le llegan al suelo, todo le queda siempre grande. Es la mañana de Reyes.

—¿Por qué los pingüinos tienen alas si no vuelan?

Silencio. Frunce la nariz. Pone caras.

—¿Eh?

Y pasa más tiempo todavía. Le han salido dos dientes con sierra. Enormes.

Anita baila con un tutú, con varios tutús de colores, a cámara rápida, ajena a la melodía que ronronea en sordina. El pelo suelto, luego recogido por una cinta, más tarde en un moño tirante, alto. Una niña que revolotea entre tules, que gira con los brazos en alto, que mira hacia arriba, que ríe y barre las nubes aceleradas que vienen y se van y vuelven marcando los lindes de un decorado celestial. Sube la música. Y se eleva como un sol inmenso en la alborada, preludio complaciente que enreda y trenza su compás con la voz nueva. Anita canta.

—*Pinocho fue a pescar, al río Gua... gua... Guadal... ¡tivir! Guadaltivir...*

Se escuchan nuestras carcajadas por detrás, las mías y las de Laura.

—*Se le cayó la caña y pescó con la nariz.*

Y el tiempo sigue su curso. Le han crecido todos los dientes. Sonríe sin huecos.

El gato blanco y gris ha crecido y la muñeca de trapo, a la que le falta un brazo nadie sabe por qué, duerme abandonada en el baúl de los juegos. Anita celebra su cumpleaños en el jardín de casa, lleno de niños. Tiene la cara pintada de manzana. Pide un deseo imposible. Que su madre regrese a casa. Apaga las diez velitas de un soplo. Pero vuelven a encenderse solas y rompe a llorar, desconsolada.

Me sirvo un whisky doble con hielo. Lo acompaño con otro puro. Necesito entonarme un poco para ver esta película, este regalo envenenado. Noventa minutos de tortura. ¡Noventa! Como mis años. Una tormenta emocional, insupportable, hipnótica.

—*Pinocho fue a pescar, al río Guadalquivir, se le cayó la caña y pescó con la nariz* —consigue cantar de corrido una Anita algo mayor, más delgada, más tímida.

Aplaudimos todos con entusiasmo. El gato blanco y gris ronronea.

Sonríó al vernos de nuevo. Mirar atrás me produce una nostalgia estúpida. Cursi, incluso. Nunca di importancia a lo que me rodeaba, no aprecié la belleza de las cosas, la finura de los gestos y las maneras, la profundidad de las palabras. Malgasté y desprecié un mundo que ya no existe. Lo dejé pasar, convencido de que nada cambiaría. Lo que ayer

me aburría o me irritaba, hoy me parece extraordinario. Me he hecho viejo.

Tengo la impresión de que mi existencia ha sido una oportunidad perdida, un error, una derrota. Porque sólo ahora entiendo. Sólo ahora sé. Sólo ahora veo. Cuando de nada sirve. Cuando ya es tarde. Estoy fuera de juego, el partido ha acabado. A lo sumo, queda la prórroga. Quince minutos de asueto, quince minutos para remediar lo que quizá no tenga remedio, quince minutos para darle la vuelta al marcador. Y ganar.

Aunque no sé si podré. Estoy cansado, no me encuentro bien y voy a peor. Un reflujo amargo invade mi paladar. Me pican los ojos, tengo pinchazos en los dedos de las manos, un inicio de lumbago, la tensión disparada, insomnio, arritmia, ansiedad, confusión, tristeza. ¿Qué me pasa? Voy al baño. Abro el grifo, cojo un cepillo de dientes, lo restriego en la pastilla de jabón y froto el bigote de mi barba blanca. No soporto que la nicotina lo amarillee. Es la última coquetería que me queda. Tengo frío, busco cobijo en el salón, junto a la chimenea todavía prendida. Me pongo mi jersey azul. Ahora tiene un parche en el codo y agujeros de polillas, pero un día fue nuevo.

Lo compré en un mercadillo la mañana del 31 de diciembre de 1959. Y aquella misma noche, aquella Nochevieja que inauguraba un decenio revolucionario, se lo puse a Laura sobre los hombros. Observamos abrazados cómo prendían los números del año entrante en lo alto de la iglesia. Nuestra mirada se iluminó de plata y estrellas. El uno, el nueve, el seis, el cero. Un incendio que chisporroteaba y consumía el milenio. Hasta marcar una cifra inolvidable: 1960.

Recibimos las campanadas sin uvas, entre la humareda de los petardos que estallaban con un puñetazo en el corazón.

—Estoy embarazada —me dijo Laura.

—¿En serio? —pregunté feliz.

Mientras contemplo embobado las imágenes, se superponen en mi mente cientos de recuerdos nuevos, olvidados, recobrados. Son un resplandor de celuloide que prende fuego en vuelo, dibuja con ceniza nuestros semblantes durante unos segundos y luego desaparece. De modo que ya no sé ni qué miro ni qué veo. Miniaturas de un todo, escorzos, fragmentos, detalles que me estremecen, que me dejan sin aliento.

Una pabela de banda roja. La cinta aletea en el marco de un mar fundido con el cielo. Entra y sale de plano, recorta el encuadre en geometrías cubistas, líneas que dividen la cara de Laura. Sólo la sonrisa queda intacta. Detrás de ella, olas largas, crestas de espuma ligera dibujan en la arena picos salados que brillan al sol.

Anita recién nacida. Envuelta, pegada al cuerpo de su madre. Una criatura que huele a leche, sabe a salado, suena a suspiros, a quejidos de cachorro venido de otro mundo. Laura le ríe al objetivo salpicado de agua. Me ríe a mí, que doy vueltas a su alrededor. Está metida en el mar áspero de brisa. Los pantalones arremangados hasta las rodillas. Una camisa de lino ancha, que disimula el vientre todavía hinchado. Se la ve de perfil, de frente, de espaldas. Un mechón de pelo se enrosca y flirtea con la cinta colorada. La pabela vuela. La deja ir. Mira a la pequeña. Se muerde las uñas, absorta. Hace visera con una mano, deslumbrada, maravillada.

Parece un negativo antiguo, mudo.

Vuelvo a enamorarme de aquel instante. Porque mi amor por Laura permanece intacto. Amaba cosas insólitas de ella. Amaba sus dientes. Tenía ganas de besar sus pale-

tas, de morder sus labios y de hundir la cara en sus axilas, entre sus piernas, de atrapar su respiración, que subía y bajaba. Al hablar, al dormir, al vivir. Me gustaba tenerla encima de mí. Vestida. Vestidos. Y mirarla muy de cerca, olerla, respirarla hasta que se le empañara el rostro.

Medio siglo más tarde, veo la película de mi vida. De nuestra vida. Lloro sin esfuerzo, sentado en la mecedora, frente a los rescoldos de la lumbre. Las lágrimas brotan, me mojan la cara, el cuello, el pecho. No hago nada por detenerlas.

Anita está de nuevo frente a la barra naranja de la cocina. Lleva un jersey de cuello alto del mismo color, el pelo suelto, con una diadema mal puesta, a lo indio. Varios libros ilustrados abiertos.

—¿Por dónde voy? Un rayo. Un hocico rosa que... que... ol-fa-tea. Olfatea. Y un, un, un rrrr-rrrra-bito que se enrreda. Que se en-re-da. Que se enreda. ¿Por dónde voy?

Acaba de aprender a leer, sílaba a sílaba. Suena un teléfono. Una melodía pasada de moda.

En la imagen siguiente, no hay nadie. Sólo quedan los libros y el taburete. Anita se ha puesto detrás de la cámara. Entro por la puerta de la cocina. Camisa blanca. Una corbata de nudo suelto.

—¡Ahí está! —exclama, entusiasmada—. ¡Hola, papá! Cruzo delante del objetivo.

Y tardo unos segundos en reconocirme. Demasiados. No estoy acostumbrado a verme de joven. Yo nunca quería aparecer, ni siquiera en las fotos. Prefería quedarme detrás. Siempre detrás.

—¿Por qué está ese tomate? —dice Anita con la voz tomada, de nuevo frente a los libros.

Contesto algo inaudible.

—¿Sí? ¿Y cuándo te ponen ese punto verde?

—No hay punto verde en esta cámara, sólo hay punto rojo.

—¿Vas a hacer una peli, papá?

Un colín rueda por la encimera. Anita se lo mete en la boca.

—¿Te los has zampado todos?

Un sonido crujiente. Rico.

—Me tengo que poner el pijama..., pero la película no la quiero hacer con estos pantalones.

—¿Por qué?

—Porque quiero con falda.

—No, pero si no se ve.

—Sí, porque me voy a poner un vestido.

Anita aparece de flamenca. Un traje blanco, de lunares rojos y volantes. Se asoma desde lo alto de la escalera con unos leotardos verdes y zapatos de tacón a juego con el vestido. Sujeta a la barandilla, mantiene un equilibrio precario. Sube y vuelve a bajar. Mueve la falda. Cruza la pierna.

—¿Y los brazos y eso? —le digo.

Se da media vuelta, ofendida. Vuelve a subir pisando fuerte cada peldaño.

—Vale... ¡Acción!

Silencio.

Se mantiene el plano de la escalera solitaria.

—¡Acción, Anita!

—¿Qué es eso? —pregunta mi hija asomándose desde lo alto.

—Que... ¡en marcha! —le contesto entre risas.

Baja sin apoyarse en la barandilla, patosa con sus tacones infantiles. Mueve los brazos como una bailarina amanerada. Las imágenes se suceden rápidas. Anita con un traje de mexicana que le hizo su madre para un final de

curso. Anita con un traje de cerdito. Y Anita con otro más, peludo, de león. Para terminar, se la ve descender con un quimono, que le va grande, que esconde sus pies enfundados en unas chinelas de madera. Se lo regaló Laura al volver de uno de sus viajes.

Grabé sólo los diez primeros años de nuestra hija, que fueron los últimos que compartimos Laura y yo. Después, ya no volví a coger la cámara. Escondí las cintas de super-8, junto a los casetes de sonido. No quería que quedara rastro de mis pasos sin mi mujer. Me resultaba imposible vivir sin su presencia, sin sus huidas, sin sus vueltas. No podía admitir que ya no estuviese a mi lado. Me habría contentado con ver su pecho levantarse, leve, en el sueño. Nada más.

Desarrollé también una aversión hacia todas las cosas que ella había dejado tras de sí. Ropa, abalorios, afeites, libros. Y hacia nuestro pasado. Fotos, películas, cartas. No me atreví a tirarlas, pero las escondí en el sótano para no tenerlas a la vista, para que los ratones se las comieran, para alcanzar así el alivio que supone dejar de mirar atrás.

Y, por supuesto, nunca completé el montaje de aquel material, testimonio del crecimiento de nuestra hija, de nuestro amor. Permaneció en bruto, intacto, en los bajos de la casa. Rollos de imagen y sonido metidos en una caja de cartón, empotrada en una estantería horrible de aluminio, llena de polvo, frente a una butaca de cuero destrozada por los gatos, cubierta por una sábana.

Cuando cumplas dieciocho, le había asegurado a Anita a lo largo de toda su infancia y adolescencia. Pero celebramos sus diecinueve, y sus veinte, y hasta sus sesenta, sin que mi hija me reclamara el regalo prometido. Mejor. ¿Para qué remover nada?

Y, de pronto, hace unas horas, alguien me envía el do-

cumental que no me atreví a terminar. Por cobarde, por no querer enfrentarme a mis miedos, por dejarlo todo a medias, por pensar que no le habría interesado a nadie. Y me limito a asistir atónito a mi propia película.

Es exacta. Tal y como tantas veces la había imaginado. Como si siguiera la selección y el orden de escenas que apunté en un cuaderno de notas que ya no sé ni dónde está, perdido tal vez entre los archivos, o tirado por error en las limpiezas improvisadas de papeles viejos, inservibles.

Y vuelve a poseerme la misma obsesión de entonces, aquella que me empujaba a hurgar el nervio desollado de los recuerdos para guardar la memoria y custodiarla. Para revivir los días luminosos. Los días extraviados, derrochados, pasados. Porque me aterra el olvido. Sólo me interesa el ayer. Y su luz.

A pesar de que me encuentro mal, no puedo renunciar a verla una y otra vez. En cuanto acaba, la vuelvo a empezar.

Play. Play. Play.

Ahora que por fin la tengo delante, que alguien la ha montado por mí, necesito retener cada mueca de mi hija, cada paso, cada palabra para sobreponerme al asombro que me ocasiona descubrirla antes de que mudara de piel. Sólo cuando su figura recupera el brillo del presente, consigo que pase a un segundo término. Y cierro el foco sobre unos personajes borrosos, que ya no reconozco, aunque lleven nuestros nombres. Laura y Manuel. Ella y yo.

Rebobino. Vuelvo al principio.

A lo largo de toda la noche, poco a poco, plano a plano, whisky a whisky, puro a puro, en la cocina, en el salón, sentado en el sofá, tumbado en la cama o cepillándome de nuevo el bigote, empiezo a entender, a descubrir nuestros secretos. Lo que escondíamos. Lo que no sabíamos. Lo que

ni siquiera sospechábamos. Accedo a un territorio sutil. El de los afanes, las ambiciones, la concupiscencia, los celos. Y se me revelan capa a capa. Las que estaban a la vista. Y las que no. Las que moran en las cuevas del subconsciente, donde habitan mis sombras. Larvas translúcidas y silenciosas, que reptan con sigilo hasta lo más hondo y carcomen los cimientos de una pareja, de una familia. De un hogar.

Me veo a mí, sugerente, irónico, esquivo, en alguno de mis pasos fugaces delante de la cámara. Un hombre reactivo a las responsabilidades, cobarde, necesario protagonista de una obra incumplida. La mía.

Y veo a Laura. Joven, arisca, dulce, seria, inasible. Una mujer que se construye a sí misma, que rechaza una femineidad incomprensible para ella. Y, ante la imposibilidad de satisfacer ese envite, huye.

Sin embargo, hay algo más allá de nosotros, de nuestras acciones. De mis aciertos y desaciertos. Algo esencial. Detrás de Anita, de Laura, de mí, lo único que permanece intacto, impasible a los azares del destino, enraizado en la tierra, es la casa. Nuestra casa. Cambia el color de la fachada, crecen las plantas y los árboles del jardín, los muebles mudan de lugar, aparecen cuadros nuevos, desaparecen libros inútiles. Pero la casa permanece. Testigo de todo. Como un ser reconcentrado, humano.

Y en esta misma casa, amanecerá. Llegará el cáterin, las bandejas de *sushi*. Luego, mi hija, los invitados, los regalos. Y yo, en lugar de irme a descansar, que es lo que debería hacer, sigo aquí sentado. El vídeo acaba y empieza de nuevo. En bucle, como mis pensamientos. Tengo la cabeza embotada. Nada preocupante a mi edad. O sí, no lo sé.

El caso es que me encuentro cada vez peor, raro, como si mi mirada se desprendiera de mí mismo y mi cuerpo perteneciera a otro. Un señor de pelo y barba blanca que

conozco bien, porque soy yo, pero que veo desde arriba, como si fuera otro. Una perspectiva nueva que me permite incluso descubrir cosas de mí que desconocía. Defectos, por supuesto. Tengo el cabello ralo en la coronilla, mucho más de lo que pensaba, y la piel de mi nuca muestra un aspecto violáceo, insano. Además, descubro que el tipo viejo y canoso se comporta de manera extraña. Él todavía no se ha dado cuenta, pero yo sí. Las frases que conforman sus pensamientos embarullados no coinciden con las letras, con las palabras. Los géneros tampoco concuerdan. Los artículos con los sustantivos, los sustantivos con los adjetivos. Toco su frente, sospecho que tiene fiebre. Que tengo fiebre. Alta. La tos le ahoga, respiro, respiramos, él y yo, con dificultad. ¿Habré pillado la gripe esa de la que hablan en la tele a todas horas?

Vuelvo a meterme en él, volvemos a ser uno. No me llega el oxígeno, me mareo. Intento llamar a Anita, pedirle auxilio antes de zambullirme en las tinieblas de la mente, pero sólo consigo marcar. Escucho la voz de mi hija. Es el contestador. Deje su mensaje después de la señal. Boqueo como un pez varado en la arena. Ningún sonido sale de mi boca. Ya es demasiado tarde.

No sé cómo me llamo ni quién soy. Si soy el que fui u otro que no conozco, que no reconozco. Quiero hablar, pero arrastro las sílabas. No consigo vocalizar. Los labios se abren y se cierran. Mi cerebro está atorado. Tengo náuseas, siento media cara acorchada. Estoy a punto de perder el conocimiento.

Lo pierdo.